

DISCURSO DEL DR. JUAN F. CAFFERATA⁽¹⁾

*Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad.**
*Señor Representante del Ministro de J. e Instr. Pública.***
*Reverendo Padre Provincial.****
*Reverendo Padre Rector.*****
Señores Exalumnos:

"Ex abundantia cordis loquitur os". La boca habla de la abundancia del corazón. Por eso para pronunciar mis palabras, en nombre de los exalumnos, que le ofrecemos una placa, en la fecha recordatoria del 75 aniversario del querido Colegio del Salvador, me ha bastado poner la mano sobre el corazón, sentir sus palpitaciones y exhumar de lo íntimo del alma, el tesoro de recuerdos, de veneración, de gratitud, que guardo para esta casa y para los beneméritos hijos de la Compañía de Jesús.

Estoy seguro de interpretar, al mismo tiempo, el sentir de los que rodean esta mesa, que se asocian conmigo a la celebración de la fausta fecha, celebración que ha encontrado en sus corazones, la misma cálida y cordial adhesión.

Para conmemorarla estamos aquí, autoridades, discípulos, amigos, viejos y jóvenes. Los que comienzan la jornada y los que vamos declinando en el atardecer de la vida. Unidos en la misma comunión de afectos, varias generaciones, llegamos hoy a esta venerada casa, que fué nuestra madre intelectual. Aquí estamos de nuevo, descansando a la sombra del viejo hogar, como se congregan los miembros de una familia en la casa solariega de sus mayores.

(1) Pronunciado el día 28 de agosto en el banquete ofrecido por la Asociación de Exalumnos.

* Mons. Dr. Dn. José Fietta, arzobispo titular de Sárdica.

** Capitán Dn. Reinaldo Peralta.

*** Tomás J. Travi, S.J.

**** Andrés F. Linari, S.J.

Ilustre casa que irradió sobre la República, la luz de la ciencia y el perfume de la virtud. Por la que desfilaron tantas generaciones de argentinos que brillaron después, en la cátedra, en el libro, en el parlamento, en la magistratura, en el clero, en las fuerzas armadas, en las funciones de gobierno, en las artes, en las ciencias.

Que recibió un día la prueba de fuego. Fuego encendido por manos criminales, que si pudo abatir sus muros, no pudo destruir el arraigo y el prestigio que tenía conquistado en la opinión de la República.

Por eso, el resplandor del incendio que se levantó de sus ruinas e iluminó con siniestros fulgores el cielo de esta gran capital, no fué el resplandor del ocaso, si no la luz de una nueva aurora, que anunció su resurgir de las cenizas, purificada en el crisol del fuego y del sacrificio.

¡Cuánta óptima semilla sembrada desde entonces en el alma de la juventud argentina! ¡Cuánta luz derramada, cuánta virtud, cuánta ciencia!

¡Cuántos ejemplos de piedad, de labor, de sacrificio, de probidad, recogidos en esta casa!

Los que tuvimos la fortuna de pasar por sus aulas, podemos responder a los que movidos por el prejuicio, por la ignorancia o por el odio, lanzan su anatema contra los hijos de la Compañía, contra su enseñanza, contra su vida ejemplar:

Somos testimonio vivo que nos levantamos contra tales afirmaciones. Si alguna vez, pudimos notar imperfecciones, propias de la humana flaqueza, recibimos en cambio, lecciones permanentes de rectitud, de austeridad, de carácter, de disciplina!

¡Jamás, de hipocresía, de deshonor, de injusticia!

Si esas enseñanzas hubieran caído todas en tierra fértil; si las almas modeladas en esa escuela no se hubieran deformado por el ambiente malsano que respiraron después; la Patria no habría visto declinar sus caracteres; eclipsarse muchos de sus valores espirituales; relajarse sus costumbres; quedar desiertos de hijos sus hogares y ralearse las filas de sus grandes ciudadanos.

Memoria inolvidable de los viejos maestros. Al evocar

sus figuras preclaras, cumplo con un sagrado deber. Cuando pienso en los afanes, en los desvelos, en los sacrificios, que sólo por Dios y por su mayor gloria, les causó nuestra formación. Cuando medito en sus vidas abnegadas, en su consagración, en su celo, en que lo dejaron todo por nosotros, sin más recompensa humana que estos acentos de gratitud, hago justicia a los que fueron y a lo que les debemos.

Reverendos Padres, que llenáis los claros que ellos dejaron, para continuar la obra con el mismo celo, con el mismo espíritu, con el mismo amor a la juventud, con la misma pasión por la ciencia, con la misma inquietud por la salvación de las almas, sea para vosotros también esta ofrenda de nuestro reconocimiento.

Puede el Colegio del Salvador ostentar con legítimo orgullo ante la República, en su 75º aniversario, las tablas en donde están escritas sus grandes acciones y los millares de argentinos que le deben su formación moral e intelectual.

La sociedad os rinde por eso, Reverendos Padres, el tributo de su admiración y gratitud. Y la Patria, que sabe guardar la memoria de sus hijos ilustres y la de aquellos que aun cuando no nacieron en su suelo, contribuyeron a su engrandecimiento, tiene escritos vuestros nombres entre sus grandes benefactores. El decreto del Superior Gobierno de la Nación, es el más alto testimonio de este reconocimiento y sus fundamentos el mejor homenaje a la obra que realizáis.

Largo tiempo ha corrido desde que llegué a las puertas de esta casa. Toda una vida ha pasado, desde aquella remota niñez, hasta los años de hoy. Como si tan larga jornada fuera un instante, hoy reviven en el recuerdo, con las figuras inolvidables de los viejos maestros, de Reverter, de Barrera, de Jordán, de Darner, de Durán, de Aguilar, de Mendieta, de Gazet, de Vocos, de Conillera, de Barber, de Gambón, de Gomiz, de Juan Bautista Juan y de tantos otros, las caras amigas de los compañeros de entonces. Muchos ya no existen. Otros, muy pocos, están con nosotros en esta mesa. Como en esas películas en las que se invierte el ritmo de los sucesos, pareciera que volvemos a ser los niños de ayer. Que los cabellos blancos, las cabezas despobladas, los aires fatigados, los rostros marchitos,

vuelven a la edad primera. Que en los patios resuenan nuestras alegres voces juveniles; que inclinados sobre los pupitres estamos atentos a los libros, en los largos estudios; que escuchamos en las aulas, la palabra sabia del maestro, o que marchamos en las filas calladas, por los helados corredores, en las mañanas de invierno, camino del templo, para elevar a Dios nuestra oración.

Tiene la Nación, tiene la sociedad, tenemos nosotros, una deuda sagrada para con la Compañía y en particular para con este Colegio del Salvador. Paguémosla, señores, compañeros y amigos, con nuestra simpatía, con nuestro reconocimiento, con nuestra plegaria para que Dios siga colmándolo de sus bendiciones.

Por lo que a mí toca, espero haberla saldado. No podía darles más, ni mejor. Les dí uno de los míos, que es darles un pedazo del corazón. Ese hijo es hoy un soldado de sus filas. Allí se prepara para servir a Dios, en la gran milicia de Loyola y para llegar al altar donde ha de celebrar un día los divinos misterios. Día, en el que sus padres podremos repetir, como el anciano Simeón, el "nunc demittis servum tuum Domine". Ahora Señor puedes recibir en paz el alma de tu siervo.

Reverendos Padres, señores, amigos: elevemos al cielo nuestra oración, por los que ya no existen. Y hagamos votos muy cordiales, porque continúe, por largos años, este Colegio, como uno de los hogares preferidos de la juventud estudiosa. Por vuestra ventura personal, Reverendo Padre Rector, y por la de vuestros hermanos en religión. Por la de los amigos de esta casa. Por la de los exalumnos. Por la de los alumnos. Por la paz y por la unión de los argentinos. Porque vuelva Dios a la escuela, a la familia, a las leyes, a los gobiernos, al pueblo, para que de nuevo se nutran en la "fuente de toda razón y justicia". Porque si falta El, nada será capaz de llenar tan inmenso vacío. Por el reinado de la justicia social. Por la Iglesia y por su Vicario. Por las autoridades de la Nación. Por la Patria.

J U A N F . C A F F E R A T A

Presidente de la Caja Nacional de Ahorro Postal